

**CUENTO N° 289**

**TÍTULO: VIVA CHILE Y SUS MUJERES**

**SEUDÓNIMO: SOFFIA ESTUDIOSA**

**AUTORA: SONIA MARÍA TORRES IRURETA**

**VIVA CHILE Y SUS MUJERES**

Apuntando el alba, don Armando usa sus dos manos para mezclar los ingredientes del pan especial de los días viernes. Hunde y compacta hasta lograr una masa consistente. Amasa hacia adelante y hacia atrás, la revierte, toda su energía en la turgencia blanco-amarillenta. Sus brazos musculosos suben y bajan. Es todo policromía don Armando con pecho mullido negro, cabeza y gran bigote blancos. Se limpia las manos en el delantal y dos puñetazos en la masa la dejan cuadrada; la alza y la azota contra la mesa: dos, tres veces, hasta dejarla lisa como un mapa continental. Contempla su obra, los brazos colgando a sus costados, desganado. Mira la hora, es temprano.

Ya se escucha el pulular de la gente que se apresura a la Plaza Baquedano, desfile de manifestantes que durante los últimos días habían poblado las calles aledañas al Parque Bustamante, donde colinda su casa. Una breve llovizna baña la madrugada y una bruma gris cae sobre un pavoroso silencio transformando todo el paisaje arbolado como una presencia que sacudía el polvo de las hojas y pastos, las ciclo-vías y el sector de eventos que ahora se veía invadido por el descontento de la gente; luego de unos minutos unos rayos de sol cortan las nubes, iluminando las gotas suspendidas en la atmósfera que ahora ya se precipitan por el tobogán de un arco iris.

## Soffia Estudiosa

Las noticias lo mantenían frenético. De un tirón se saca el gorro de panadero que cubre sus cabellos. Ahora esto, se dice, justo cuando su panadería empezaba a repuntar. Se había endeudado comprando un horno industrial animado por Rosa, su mujer, quien, con esa energía que no ha perdido, se dedicaba ahora a hacer pasteles con recetas inventadas por ella. Ha sido de gran ayuda para enfrentar los gastos que prodigan cierta comodidad a la familia.

Ante el estupor de todos la noche del 18 de octubre ardió Santiago: estaciones de metro incendiadas, edificios públicos asaltados y una seguidilla de vandalismo desatado, en los días posteriores, fueron la mecha que prendió las protestas de los chilenos quienes ahora abarrotaban las calles en todo el país, en un estallido social sin parangones. Más de treinta personas fallecidas y superando las tres mil que tuvieron que ser hospitalizadas fue el resultado de lo que se dio en llamar “El despertar de Chile”.

Con grandes zancadas recorre los 12 metros cuadrados donde ha organizado su panadería, garaje abierto con una cortina metálica con vista al parque. En la pared del fondo se enseorea una litografía enmarcada que compraron con Rosa en una exposición de Valparaíso cuando fueron de luna de miel. Se verá hermoso en el living de la casa, cuando tengamos una, le dijo Rosa. Ambos habían quedado prendados de la composición de imágenes, algo como inquietante, misterioso. Era

## Soffia Estudiosa

un desierto de grandes dunas que colgaba desde el cielo, sobrevolando un pequeño oasis que apenas se distinguía, pero que estaba allí si eras buen observador: una línea de árboles verdes que miraban hacia las dunas suspendidas, como pidiendo clemencia. Desde el borde inferior del cuadro se extendía un sitio eriazo, seco y cuarteado que corría inexorablemente hacia el oasis, pero lo que más llamaba la atención eran esas dunas voladoras que se mantenían en el aire en forma de montículos, como pechos de mujer. Su imaginación los veía cambiantes, según el día, como un viento que sopla y los transforma, a veces protectores, otras sensuales, como si peinaran esperanzas. Un vaticinio, pensó don Armando. ¿Será Chile el Oasis que no hemos sabido proteger? Creíamos que íbamos bien, reflexionó, pero la gente tiene razón en estar enojada con todos sus bríos sólo concentrados en sobrevivir, trabajadores bordeando la pobreza, inmigrantes hacinados, jubilados con pensiones irrisorias, estudiantes enfervorizados. Además se pronosticaba una redoblada sequía para el próximo año. La harina, los lácteos y todos los insumos que necesitaba para su negocio con toda seguridad subirían de precio. Pero ¿qué podía hacer él? Si esto seguía mal ¿Cómo enfrentaría su deuda?

Enfurecido se inclina una vez más sobre la mesa compactando nuevamente la masa y exaltado ahueca sus manos para formar pequeños montes, como los del cuadro, se burla. Los acaricia, los alisa desde su base y con sus dos índices hace círculos en cada cumbre; redondea, redondea e índice y pulgar hacen surgir dos rosetas, erectos pezones desafiantes; une los dos montes por el centro y sus manos

## Soffia Estudiosa

resbalan con la masa hacia abajo, en busca de un jardín perdido, un oasis que no ha podido visitaren el último tiempo, a pesar de los intentos con Rosa. Su miembro cuelga lacio, ajeno a todo impulso, a su pesar. Es una ridiculez lo que hago, razona, lo que me pasa es que me estoy poniendo viejo. ¡Eso es todo!. Observa a su mujer de masa, la vuelve a moldear, riéndose de sí mismo, añorando a la niña que sus recuerdos evoca, toda rizos revoloteando, ojos pícaros, cuerpo sinuoso, sonrisa deslumbrante. Así era su Rosa cuando se casó con ella. Hace tiempo que ya nada lo excita; una desesperanza e ira contenidas minan su hombría. Tiembla al recordar la noche anterior, cuando ante el espasmo de su familia, destrozó el televisor de una patada, como si así pudiera borrar los acontecimientos del día.

Mira por la ventana hacia el patio posterior embaldosado. Rosa también se ha levantado. La ve limpiando las hojas verdes de los cuatro maceteros donde logra mantener con vida geranios y narcisos, un lujo que se permitieron comprar en Paine. Logró hacerla sonreír en ese entonces, pero fue sólo un guiño a la noche.

Rosa se incorpora y entra por la puerta posterior hacia el interior de la casa. Espera que venga a saludarlo, pero se demora. Intrigado se dirige hacia el interior y la ve que se pone una chaqueta, lleva un bulto bajo el brazo. A hurtadillas Rosa sale hacia el exterior. ¿A dónde irá?

## Soffia Estudiosa

Prende el televisor frente a él, uno antiguo que su hijo consiguió prestado por ahí. Se interrumpe la transmisión y el comentarista anuncia el suceso épico que en esos mismos instantes se realiza en las cercanías de su panadería, a unas cuadras de Plaza Baquedano. Cerca de un millón de personas, anuncian, empiezan a rebosar las calles colindantes con pancartas, cada cual más agresiva y otras ingeniosas pidiendo la renuncia del Presidente de la República, salarios justos y aumento de las pensiones. Don Armando hace un rictus de cansancio ¿será verdad? Lo verá con sus propios ojos, decide. ¿Es que Rosa ha decidido unirse a la manifestación? Junta la masa en la mesa, le agrega levadura, tapa la bola con un mantel y aperado con abrigo y boina, dirige sus pasos hacia Plaza Baquedano.

Llega a la valla protegida por Carabineros, pasan delante de él cientos de cuerpos enardecidos saltando y gritando, no se sabe si de contento o indignación. Don Armando forcejea para que lo dejen pasar. ¿Dónde está Rosa? Algo salta en su corazón. Los carabineros dicen que sólo los participantes pueden cruzar la valla.

Sin pensarlo dos veces, don Armando enarbola su boina y empieza a gritar “por un Chile más justo”. Está encandilado, agitado, con la adrenalina a tope y un desfile enfebrecido lo precede. Veinte metros más allá decenas de brazos se alzan orgullosos, en una escenografía despojada de defensas, animados solo por el calor de consignas de liberación. Boquiabierto, distingue a Rosa entre la muchedumbre, enarbolando el emblema patrio. No puede creerlo. La divisa radiante, los ojos en

**Soffia Estudiosa**

ascuas, el rostro enrojecido y sus pechos erguidos, desafiantes, con sus cincuenta años bien tenidos. Se sorprende al percatarse que esa fuerza impresa en el aire la conforman mujeres y jóvenes en su mayoría. Trata de abarcar todo el paisaje, extendiendo la vista hacia la Alameda, estremeciéndose ante el poderío que imprime la multitud que se pierde en la lejanía, como si fuera la franja de Chile de norte a sur. Es como el Oasis de su cuadro, se conmueve. Un oasis que se niega a desaparecer vigorizado por la contundencia de sus mujeres.

Don Armando, pletórico, siente hincharse su pecho y también su virilidad. Se sorprende al sentirse turbado. Ríe con una cascada de sonidos que vienen de la profundidad de la tierra. Algo se mueve dentro de él. Lo ataca una oleada que sube desde su estómago hasta su cabeza y allí se instala como un surtidor de agua que busca aplacar su sed.

Un fuego en su corazón lo impulsa.

Con ojos empañados, se abre paso entre el gentío hacia donde Rosa se encuentra. Ruge como un trueno: “Ce..ache...iiiiiii”, al tiempo que corre y salta con su vigor renovado.